

adelantados y le di tres pesetas, pero diciéndole: «¡Y sin devolución!» ¡Es un haragán!

-¡Y qué culpa tiene él!...

-Vamos, sí, ya salió aquello, qué culpa tiene...

-¡Pues claro! ¿De quién son las culpas?

-Bueno, mira, dejémonos de esas cosas. Y si quieres socorrerle, socórrele, que yo no me opongo. Y yo mismo estoy seguro de que si me vuelve a pedir, le daré.

-Eso ya lo sabía yo, porque en el fondo, tú...

-No nos metamos al fondo. Soy pintor y no pinto los fondos de las personas. Es más, estoy convencido de que todo hombre lleva fuera todo lo que tiene dentro.

-Vamos, sí, que para ti un hombre no es más que un modelo...

-¿Te parece poco? Y para ti un enfermo. Porque tú eres el que les andas mirando y auscultando a los hombres por dentro...

-Mediano oficio...

-¿Por qué?

-Porque acostumbrado uno a mirar a los demás por dentro, da en ponerse a mirarse a sí mismo, a auscultarse.

-Ve ahí una ventaja. Yo con mirarme al espejo tengo bastante...

-¿Y te has mirado de veras alguna vez?

-¡Naturalmente! ¿Pues no sabes que me he hecho un autorretrato?

-Que será una obra maestra...

-Hombre, no está del todo mal... ¿Y tú, te has registrado por dentro bien?

Al día siguiente de esta conversación Joaquín salió del Casino con Federico para preguntarle si conocía a aquel pobre hombre que andaba así pidiendo de manera vergonzante: «Y dime la verdad, eh, que estamos solos; nada de tus ferocidades.»

-Pues mira, ese es un pobre diablo que debía estar en la cárcel, donde por lo menos comería mejor que come y viviría más tranquilo.

-¿Pues qué ha hecho?

-No, no ha hecho nada; debió hacer, y por eso digo que debería estar en la cárcel.

-¿Y qué es lo que debió haber hecho? -Matar a su hermano.

-¡Ya empiezas!

-Te lo explicaré. Ese pobre hombre es, como sabes, aragonés, y allá en su tierra aún subsiste la absoluta libertad de estar. Tuvo la desgracia de nacer el primero a su padre, de ser el mayorazgo, y luego tuvo la desgracia de enamorarse de una muchacha pobre, guapa y honrada, según parecía. El padre se opuso con todas sus fuerzas a esas relaciones amenazándole con desheredarle si llegaba a casarse con ella. Y él, ciego de amor, comprometió primero gravemente a la muchacha, pensando convencer así al padre, y acaso por casarse con ella y por salir de casa. Y siguió en el pueblo, trabajando como podía en casa de sus suegros, y esperando convencer y ablandar a su padre. Y este, buen aragonés, tesa que tesa. Y murió desheredándole al pobre diablo y dejando su hacienda al hijo segundo; una hacienda regular. Y muertos poco después los suegros del hoy aquí sablista, acudió este a su hermano pidiéndole amparo y trabajo, y su hermano se los negó, y por no matarle, que es lo que le pedía el coraje, se ha venido acá a vivir de limosna y del sable. Esta es la historia, como ves, muy edificante.

-¡Y tan edificante!

-Si le hubiera matado a su hermano, a esa especie de Jacob, mal, muy mal, y no habiéndole matado, mal, muy mal también...

-Acaso peor.

-No digas eso, Federico.

-Sí, porque no sólo vive miserable y vergonzosamente, del sable, sino que vive odiando a su hermano.

-¿Y si le hubiese matado?

-Entonces se le habría curado el odio, y hoy, arrepentido de su crimen, querría su memoria. La acción libra del mal sentimiento, y es el mal sentimiento el que envenena el alma. Créemelo, Joaquín, que lo sé muy bien.

Miróle Joaquín a la mirada fijamente y le espetó un:

-¿Y tú?

-¿Yo? No quieras saber, hijo mío, lo que no te importa. Bástete saber que todo mi cinismo es defensivo. Yo no soy hijo del que todos vosotros tenéis por mi padre; yo soy hijo adulterino y a nadie odio en este mundo más que a mi

propio padre, al natural, que ha sido el verdugo del otro, del que por vileza y cobardía me dio su nombre, este indecente nombre que llevo.

-Pero padre no es el que engendra; es el que cría... -Es que ese, el que creéis que me ha criado, no me ha criado, sino que me destetó con el veneno del odio que guarda al otro, al que me hizo y le obligó a casarse con mi madre.

XXIV

Concluyó la carrera el hijo de Abel, Abelín, y acudió su padre a su amigo por si quería tomarle de ayudante para que a su lado practicase. Lo aceptó Joaquín.

«Le admití -escribía más tarde en su Confesión, dedicada a su hija- por una extraña mezcla de curiosidad, de aborrecimiento a su padre, de afecto al muchacho, que me parecía entonces una medianía, y por un deseo de libertarme así de mi mala pasión a la vez que, por más debajo de mi alma, mi demonio me decía que con el fracaso del hijo me vengaría del encumbramiento del padre. Quería por un lado, con el cariño al hijo, redimirme del odio al padre, y por otro lado me regodeaba esperando que si Abel Sánchez triunfó en la pintura, otro Abel Sánchez de su sangre marraría en la Medicina. Nunca pude figurarme entonces cuán hondo cariño cobraría luego al hijo del que me amargaba y entenebrecía la vida del corazón.»

Y así fue que Joaquín y el hijo de Abel sintiéronse atraídos el uno al otro. Era Abelín rápido de comprensión y se interesaba por las enseñanzas de Joaquín, a quien empezó llamando maestro. Este su maestro se propuso hacer de él un buen médico y confiarle el tesoro de su experiencia clínica. «Le guiaré -se decía- a descubrir las cosas que esta maldita inquietud de mi ánimo me ha impedido descubrir a mí.»

-Maestro -le preguntó un día Abelín-, ¿por qué no recoge usted todas esas observaciones dispersas, todas esas notas y apuntes que me ha enseñado y escribe un libro? Sería interesantísimo y de mucha enseñanza. Hay cosas hasta geniales, de una extraordinaria sagacidad científica.

-Pues mira, hijo (que así solía llamarle) -le respondió-, yo no puedo, no puedo... No tengo humor para ello, me faltan ganas, coraje, serenidad, no sé qué...

-Todo sería ponerse a ello...

-Sí, hijo, todo sería ponerse a ello, pero cuantas veces lo he pensado no he llegado a decidirme. ¡Ponerme a escribir un libro..., y en España... y sobre

Medicina...! No vale la pena. Caería en el vacío...

-No, el de usted no, maestro, se lo respondo.

-Lo que yo debía haber hecho es lo que tú has de hacer: dejar esta insoportable clientela y dedicarte a la investigación pura, a la verdadera ciencia, a la fisiología, a la histología, a la patología y no a los enfermos de pago. Tú que tienes alguna fortuna, pues los cuadros de tu padre han debido dártela, dedícate a eso.

-Acaso tenga usted razón, maestro; pero ello no quita para que usted deba publicar sus memorias de clínico.

-Mira, si quieres, hagamos una cosa. Yo te doy mis notas todas, te las amplío de palabra, te digo cuanto me preguntes y publica tú el libro. ¿Te parece?

-De perlas, maestro. Yo vengo apuntando desde que le ayudo todo lo que le oigo y todo lo que a su lado aprendo.

-¡Muy bien, hijo, muy bien! -y le abrazó conmovido.

Y luego se decía Joaquín: «¡Este, este será mi obra! Mío y no de su padre.

Acabará venerándome y comprendiendo que yo valgo mucho más que su padre y que hay en mi práctica de la Medicina mucha más arte que en la pintura de su padre. Y al cabo se lo quitaré, si, ¡se lo quitaré! Él me quitó a Helena, yo les quitaré el hijo. Que será mío, y ¿quién sabe?... , acaso concluya renegando de su padre cuando le conozca y sepa lo que me hizo.»

XXV

-Pero dime -le preguntó un día Joaquín a su discípulo-, ¿cómo se te ocurrió estudiar Medicina?

-No lo sé...

-Porque lo natural es que hubieses sentido inclinación a la pintura. Los muchachos se sienten llamados a la profesión de sus padres; es el espíritu de imitación..., el ambiente...

-Nunca me ha interesado la pintura, maestro.

-Lo sé, lo sé por tu padre, hijo.

-Y la de mi padre menos.

-Hombre, hombre, ¿y cómo así?

-No la siento y no sé si la siente él...

-Eso es más grande. A ver, explícate.

-Estamos solos; nadie nos oye; usted, maestro, es como si fuera mi segundo padre..., segundo... Bueno. Además usted es el más antiguo amigo suyo, le he oído decir que de siempre, de toda la vida, de antes de tener uso de razón, que son como hermanos...

-Sí, sí, así es; Abel y yo somos como hermanos... Sigue.

-Pues bien, quiero abrirle hoy mi corazón, maestro.

-Ábremelo. Lo que me digas caerá en él como en el vacío, ¡nadie lo sabrá!

-Pues sí, dudo que mi padre sienta la pintura ni nada. Pinta como una máquina, es un don natural, ¿pero sentir?

-Siempre he creído eso.

-Pues fue usted, maestro, quien, según dicen, hizo la mayor fama de mi padre con aquel famoso discurso de que aún se habla.

-¿Y qué iba yo a decir?

-Algo así me pasa. Pero mi padre no siente ni la pintura ni nada. Es de corcho, maestro, de corcho.

-No tanto, hijo.

-Sí, de corcho. No vive más que para su gloria. Todo eso de que la desprecia es farsa, farsa, farsa. No busca más que el aplauso. Y es un egoísta, un perfecto egoísta. No quiere a nadie.

-Hombre, a nadie...

-¡A nadie, maestro, a nadie! Ni sé cómo se casó con mi madre. Dudo que fuera por amor.

Joaquín palideció.

-Sé -prosiguió el hijo- que ha tenido enredos y líos con algunas modelos; pero eso no es más que capricho y algo de jactancia. No quiere a nadie.

-Pero me parece que eres tú quien debieras...

-A mí nunca me ha hecho caso. A mí me ha mantenido, ha pagado mi educación y mis estudios, no me ha escatimado ni me escatima su dinero, pero yo apenas si existo para él. Cuando alguna vez le he preguntado algo, de

historia, de arte, de técnica, de la pintura o de sus viajes o de otra cosa, me ha dicho: «Déjame, déjame en paz», y una vez llegó a decirme: «¡apréndelo, como lo he aprendido yo!; ahí tienes los libros». ¡Qué diferencia con usted, maestro!

-Sería que no lo sabía, hijo. Porque mira, los padres quedan a las veces mal con sus hijos por no confesarse más ignorantes o más torpes que ellos.

-No era eso. Y hay algo peor.

-¿Peor? ¡A ver!

-Peor, sí. Jamás me ha reprendido, haya hecho yo lo que hiciera. No soy, no he sido nunca un calavera, un disoluto, pero todos los jóvenes tenemos nuestras caídas, nuestros tropiezos. Pues bien, jamás los ha inquirido, y si por acaso los sabía nada me ha dicho.

-Eso es respeto a tu personalidad, confianza en ti... Es acaso la manera más generosa y noble de educar a un hijo, es fiarse...

-No, no es nada de eso, maestro. Es sencillamente indiferencia.

-No, no, no exageres, no es eso... ¿Qué te iba a decir que tú no te lo dijeras? Un padre no puede ser un juez...

-Pero sí un compañero, un consejero, un amigo o un maestro como usted.

-Pero hay cosas que el pudor impide se traten entre padres e hijos.

-Es natural que usted, su mayor y más antiguo amigo, su casi hermano, lo defienda, aunque...

-¿Aunque qué? -¿Puedo decirlo todo? -¡Sí, dilo todo!

-Pues bien, de usted no le he oído nunca hablar sino muy bien, demasiado bien, pero...

-¿Pero qué?

-Que habla demasiado bien de usted. -¿Qué es eso de demasiado?

-Que antes de conocerle yo a usted, maestro, le creía otro.

-Explícate.

-Para mi padre es usted una especie de personaje trágico, de ánimo torturado de hondas pasiones. «¡Si se pudiera pintar el alma de Joaquín!», suele decir. Habla de un modo como si mediase entre usted y él algún secreto...

-Aprensiones tuyas...